

SEMBLANZAS LITERARIAS

LEOPOLDO LUGONES

Este interesante, cuanto discutido personaje de nuestra escena literaria, sobre quien tan aviesos juicios y contradictorios pareceres se han dictaminado, posee, no se puede negar, un talento nada vulgar y un preclaro ingenio, empañado casi siempre por un hálito de pedantería, de diletantismo, de un gusto estragado, y de estrafalarias cavilaciones, lo que Unamuno ha sido (afortunadamente ya no lo es) hasta ahora en España.

Difícil, por no decir imposible, clasificar las producciones literarias si es que tal nombre merecen, muchas de ellas, de un ingenio errabundo y excéntrico como el de Lugones. Comencemos por sus poesías: Qué diferencia, mejor dicho, qué abismo, entre la canción a las *Odas Seculares* que cifra a mi ver, a pesar de sus defectos, la cumbre de su fama, y asienta con base incommovible el pedestal perenne de su gloria; qué báratro, digo, entre ese verdadero poema lírico, con reminiscencias de epopeya, donde el poeta ha plasmado con trazos esculturales dignos a las veces de Homero, la vida exuberante, pintoresca, de la Pampa con sus inmensas y dilatadas campiñas, llenas de vegetación, rebosantes de poesía; allí donde el poeta se ha compenetrado con la naturaleza y ha bebido a raudales su alma de artista, reconstruyendo escenas de su infancia con encantadora sencillez, y poética ingenuidad, y los estrafalarios juegos del *Lunario Sentimental*, obra de taracea chinesca; entre su traducción directa del griego, sacada del francés, verdadero amasijo de argentinismos, traídos al entrevero, que se pudiera muy bien intitular: *Versión en gaucho, de la Iliada*. En estas obras, como en todas las demás, Lugones es enteramente otro del que aparece en las *Odas Seculares*. Allí está el poeta de fibra, el artista de inspiración arrebatada, de legítimo cuño poético; el émulo y competidor de Obligado, Echeverría, Ascasubi, del Campo y Hernández; en las otras se retrata de cuerpo entero el extravagante e ininteligible Leopoldo Lugones del presente, de la actualidad. Si su labor poética, casi nunca libre de escorias,

es digna de una crítica benigna y hasta encomiástica, sus artículos literarios no merecen siquiera una mención, fuera de uno que otro, *rara avis*, que ha podido verse libre del contagio.

Si a Lugones juzgamos según aquella profunda sentencia de Pascal: «Los mejores libros son aquellos de los que puede pensar quien los lee, que él hubiera podido componerlos», Lugones sería una nulidad literaria. Y a la verdad se puede aplicar este patrón para calificar sin reticencias de ninguna clase el cúmulo de panfletos, con que ha hecho sudar las imprentas de la metrópoli argentina, dignas de mejores obras.

El ingenioso inventor de *Agathaura*, que ha guisado de diversas maneras cuanto tema se le ha ofrecido tratar, nunca al menos que yo sepa, ha hecho vibrar las cuerdas de su lira, o girar los períodos de su kilométrica prosa sobre un asunto de índole religiosa, si no es para desvirtuarlo o quizás ponerlo en ridículo, que es lo más frecuente. Cosa rara por cierto, pues el señor Lugones es dueño de una valiosa y escogida biblioteca, muy frecuentada por la juventud estudiosa universitaria, y además se puede afirmar como un axioma, que no ha habido gran poeta, el cual no haya cantado alguna virtud, algunas de esas leyendas que fingen según los incrédulos, los imbéciles cristianos; fantasmagorías o estantiguas de frailes...

Escritores tan sensuales y voluptuosos como el octogenario Anatole France, y el refinado Gabriel D'Annunzio, han escrito el primero una novelita o cuento, *El titiritero de la Virgen*; y el segundo se vale ya por sistema como recurso sensacional, en sus dramas, de alguna escena tierna y conmovedora de las que abundan en el cristianismo.

¿A qué escuela pertenecerá Lugones? Parecerá paradoja, pero es verdad; a todas y a ninguna. A una sola se puede decir categóricamente que Lugones jamás ha dado su nombre, y es al clasicismo. Lugones carece y carecerá, si no cambia de rumbo, de aquel equilibrio ecuánime, de aquella *sofrosyne* de los clásicos. Tiene mucho de romántico, pero no en el sentido extricto y verdadero de la acepción, sino en el sentido que vulgarmente se le atribuye, es decir, en el sentido de exaltación, de fantasía ardiente y sobreexcitada; en el sentido de fuego y de potencia conceptiva; tal se nos muestra Lugones en *La Guerra Gaucha*. En sus versos rara vez ostenta esta modalidad. De lo que más tiene es de *Simbolista*; pero también se aparta Lugones del simbolismo tal como lo concibió Verlaine; el simbolismo de Lugones es más bien que expresión de ideas y de afec-

tos, una algarabía y jeroglífico ininteligible, que fuerza al lector a estar continuamente con el diccionario en la mano... ¿Será Parnasiano? Ojalá tuviera las relevantes dotes de Leconte de Lisle o de Sully Prudhome. Lugones carece por completo y en absoluto de esa forja tenaz de los versos, de los cortes sabios, de las rimas ricas, sí, pero no extravagantes. Nuestro autor a veces zurce estrofas al por mayor, y enhebra consonantes cantando *alguna copla al sultán de Constantinopla*, porque así se lo pide el consonante. Concluiremos, pues, que Lugones es de la escena realista, y a veces naturalista, sin profesar por eso explícitamente los cánones de ninguna. Lugones es gran poeta cuando dejando a un lado formulismos rutinarios, canta con el alma, de los campos y las pampas; no cuando, a pesar de lo que «Xentius» ha dicho, amalgama neologismos, fantasea extravagancias, en una palabra inteligible a cualquiera, *delira*. La mente de Lugones me parece, tal vez sea exageración, *cajón de sastre en día de sábado*, donde anidan ideas incoherentes que luchan por salir, y acongojan su espíritu, rompiendo después, cuando su autor las ha barbotado, bien o mal en sus discursos, en una sarta de disparates tan garrafales, que se horrorizaría de pronunciarse autor de ellos, un estudiante bisoño de filosofía.

Lugones ha tenido y tiene todavía, por una parte turiferarios que le ciegan con el incienso de sus aplausos desmedidos, y le encandilan con sus elogios exagerados; y por otra tiene censores implacables que no saben otra cosa que darle de batacazos. Todos los extremos son viciosos; no hay que alabar a ciegas y por oficio, y no hay tampoco que criticar sin más ni más. Lugones es un talento extraviado; es un poeta de grande arranque lírico, que está descentrado. Hay que admirar lo bueno que ha producido, y tratar de encarrilar sus desvíos y yerros a fin de que no se pierda en saco roto lo que pudiera prepararle una fama imperecedera.

Son muchos los que acatan sus dichos y aplauden sus desaciertos, escudados tal vez en aquel conocidísimo aforismo de antaño: «Magister dixit»; pero ante todo habría que probar el magisterio *ut sic*, de Lugones; adeptos no le faltan, admiradores ciegos tampoco, censores que no han leído nunca sus obras y las fustigan, son los más, y de esto se quejaba con razón un distinguido crítico de Lugones... Que Lugones formará escuela, no hay que dudarlo, y que sus discípulos al querer imitarle se estrellarán, por no tener la potencia del maestro, es evidente; lo mismo aconteció a los secuaces de Góngora, pigmeos al lado del maestro. Copiaron todo sus defectos y no fueron

capaces de reflejar una sola de sus grandes cualidades. Este es un escollo para la juventud que ahora inicia la carrera de las letras; Lugones se impondrá, mejor dicho, ya se ha impuesto a muchos, a su manera. Si los que le siguen imitan el vuelo de cóndor, que ha desplegado en la canción de las *Odas Seculares*, nuestra patria contará con verdaderos poetas; si, por el contrario, se asimilan todas las extravagancias y rarezas de su época decadente, se llenará la Argentina de verdaderos esperpentos; y esto con justicia se puede temer de la escasa formación literaria, sólidamente clásica de nuestros liceos y universidades...

ARTURO CAPDEVILA

Este escritor cordobés, tiempo ha radicado en la metrópoli argentina, es uno de los más populares y que está más en boga entre nosotros. Capdevila por su fisonomía exterior es otro enteramente de lo que aparece en sus escritos; con su poblada cabellera negra, en arremolinado conjunto; sueltos sus mechones al desgaire; ojos grandes y saltones; mirar fijo y caviloso, se me antoja, la figura de uno de aquellos románticos del siglo XIX. ¡Y quién lo creyera! Capdevila en sus escritos refleja un espíritu culto y sentimental; pule la frase con redondeado período; maneja la lengua castellana con tal soltura; engarza los vocablos con tal propiedad; goza de un léxico tan variado, que se puede con verdad afirmar de él que es en la actualidad el primer estilista de la Argentina. Capdevila no tiene la potencialidad que despliega generalmente en todos sus escritos David Peña; no gusta tampoco de traer a plaza los vocablos más zafios y trasnochados del idioma, ni introducir dando carta de ciudadanía castellana a palabras verdaderamente galicanas o extranjeras, como lo hace con cierto alarde de pedantería Leopoldo Lugones. Capdevila está dotado de pintoresca imaginación, de ardiente y creadora fantasía, que sabe usar casi siempre con perjuicio de la moral y de la religión, la cual parece que le ha entrado por el ojo izquierdo. No porque haya sido educado sin religión, pues la recibió en sus primeros años, sino que los hervores de la juventud, los anhelos insaciables de libertad, el éxito que siempre han tenido sus escritos, todo ha contribuido para que se pusiera en unas elecciones como candidato del partido Liberal Georgista, que cuenta por fortuna con muy pocos adeptos. El escollo más grande que tienen los escritos de Capdevila es el que acabo de apuntar. Fascina, encandila sagazmente a los lectores con tanto de-

rruche de imágenes, tropos, alegorías, pinturas, descripciones, deslumbra tanto a fuerza de colorido, de literatura, que sabe disimular las escenas más crudas y repugnantes e insinúa el vicio con una suavidad imperceptible. La moral, para él es cosa de poco más o menos; con tal de agradar al público, *Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas*. Si Capdevila que es joven todavía encauzase por el recto sendero de la moral y de un acertado criterio filosófico sus escritos, sería la línea una de los más grandes escritores de América.

SAMUEL G. LORENZANA.